

SERIE
MINDF*CK
LIBRO 1

PELIGRO

S.T. ABBY

Traducido del inglés por Gema Pereira Silvestre

CONTRALUZ

Esto es para las que han perdido la voz.
Esto es para las que desearían ser Lana Myers.
Esto es para aquellas de las que la gente
todavía habla entre susurros.
Esto es para las que luchan cada día por olvidar.
No estáis solas.

~~Tim Hoover~~
~~Chuck Cosby~~
~~Nathan Malone~~
~~Jeremy Hoyt~~

Quedan tantos nombres por tachar...

Einstein dijo: «Los débiles se vengan. Los fuertes perdonan. Los inteligentes ignoran». Y una mierda. Einstein no siempre tenía razón.

La venganza es un plato que se sirve frío...

En eso sí que estoy de acuerdo. Significa que se olvidan de que vas a por ellos y que sus gritos saben aún más dulces cuando por fin llega el momento.

CAPÍTULO 1

LANA

Amo a la humanidad,
pero odio a los seres humanos.

—ALBERT EINSTEIN

—Tienes pinta de que te han dejado plantada —dice un tipo cuando levanto la vista del teléfono y bloqueo discretamente la pantalla para que no pueda ver lo que estoy mirando.

Arqueo una ceja y lo observo. Atractivo, unos veinticinco años, sonrisa soberbia, postura dominante... Aunque va muy mal encaminado.

—La verdad es que me gusta comer sola —le digo, con una sonrisa dulce que grita «vete a la mierda».

Parece que no lo pillá, porque entrecierra los ojos con determinación. A los machos alfa les gustan los retos. Tendría que haberlo imaginado.

—Me llamo Craig. Y tú eres... —Deja que sus palabras se vayan apagando mientras me mira de arriba abajo, pero no contesto y le doy un sorbo al café—. Si no me dices tu nombre, tendré que llamarte Bella.

«Qué original».

Su intento de halago es a todas luces torpe y, sin duda, poco elaborado. Es evidente que está acostumbrado a salirse con la suya sin despeinarse, lo que significa que tampoco se esfuerza lo más mínimo después de haber conseguido lo que quería. Teniendo en cuenta el traje caro que lleva y su apariencia atractiva, no me sorprende.

Muchas mujeres pasarían por alto su arrogancia, confundiéndola con chulería, e incluso podrían llegar a encontrarla encantadora.

Pero se ha equivocado de chica.

—¿Y por qué no me llamas mejor «No Interesada»? Porque es la descripción que mejor encaja conmigo ahora mismo —contesto, reclinándome en la silla, relajada y con todo bajo control.

—Al parecer no me has visto bien —continúa, estirando la espalda y adoptando una pose que solo deja ver a un creído de mierda.

—He visto más que suficiente. Sigue sin interesarme.

Se le oscurece la mirada y da un paso atrás.

—Pues vale. A la mierda. Total, tampoco quiero que me salgan estalactitas en el rabo —dice, antes de darse la vuelta y encaminarse a una mesa donde hay otro tío sentado.

El sol no brilla hoy entre tantas nubes. Parece que va a llover, así que somos de los pocos que hemos optado por sentarnos en la terraza y no dentro de la cafetería. Aunque están a varias mesas de distancia, veo que su amigo se ríe y niega con la cabeza mientras don Arrogante se deja caer en su asiento, malhumorado y decaído.

Vuelvo a las imágenes que estaba viendo en el teléfono hasta que noto que alguien me observa. El amigo de don Arrogante no aparta la mirada cuando levanto la cabeza y lo descubro estudiándome. No me está mirando con deseo, y tampoco aparenta interés. Diría que está intentando leerme, igual que hago yo con la gente.

Él también es atractivo, pero su traje no es tan caro como el del otro. Dicha observación me lleva a pensar que son compañeros de trabajo, pero ¿por qué uno viste mejor que el otro si se dedican a lo mismo? No tiene actitud sumisa ni

parece agobiado, como lo estaría si trabajara para don Arrogante. ¿Significa eso que tienen el mismo puesto pero con diferentes sueldos? ¿O tal vez que don Arrogante proviene de una familia adinerada y este chico no?

Vuelvo a mirar el móvil con despreocupación y finjo que no noto su intenso escrutinio. Después de terminarme el café y repasar la planificación del gran día, le pido la cuenta a la camarera.

—Ya está pagado —dice con una sonrisa dulce y los ojos brillantes—. Y también has dejado propina —añade, guiñándome un ojo—. Generosa, además.

Levanto las cejas y ella hace un gesto con la cabeza hacia atrás, mientras el amigo de don Arrogante se marcha de la terraza. Don Arrogante se ha ido.

—Me ha pedido que te dé las gracias por el espectáculo —continúa explicando mientras se abanica con la mano al verlo dirigirse hacia el SUV de color oscuro.

—Gracias —le digo, y me pongo de pie y me encamino a la salida yo también.

Nada de coqueteo, ni miradas lascivas ni quedarse esperando a ver si me acercaba a él des-

pués de pagarme la comida. No me gusta que la gente sea amable sin motivo. Haberle servido de entretenimiento no era razón suficiente.

Sigo con la mirada al chico callado, lo observo mientras se queda junto al SUV hablando por teléfono en voz demasiado baja como para oír desde lejos lo que dice. También veo a don Arrogante, que está charlando con una chica guapa cerca de la cafetería, en la acera. Ella parece mucho más interesada que yo.

Decido satisfacer mi curiosidad y me acerco al chico callado justo cuando cuelga la llamada. Sus ojos se fijan en los míos al acercarme y levanta las cejas cuando saco un billete de veinte.

—No permito que ningún desconocido me pague la comida. Mi madre me educó muy bien —digo, meneando el billete delante de él para que lo coja.

Una sonrisa se dibuja lentamente en sus labios carnosos y le transforma la cara por completo. Lleva el pelo rubio oscuro lo bastante alborotado como para resultar sexi, pero sin llegar a parecer que acaba de levantarse de la cama. Su mandíbula fuerte y cincelada contrasta con sus tiernos ojos azules. Parece feroz y dulce al mis-

mo tiempo, lo que me confunde aún más. No consigo leerlo del todo.

—No podría conseguir un espectáculo más entretenido por tan poco. Créeme, ha merecido la pena el pequeño gasto —contesta, encogiéndose de hombros, y se mete las manos y el teléfono en los bolsillos, lo que deja claro que no piensa aceptar el dinero sin necesidad de usar palabras.

Pero insisto y vuelvo a sacudir el billete.

—De todas formas, tengo mis propias reglas. Te lo agradezco, pero no, gracias.

Eso le hace sonreír más.

—¿Siempre estás a la defensiva? —dice, pensativo—. ¿Te preocupas constantemente por las intenciones de los demás? ¿O se trata de una postura extremadamente feminista que te lleva a sentirte incómoda cuando un hombre hace algo tan mediocre como pagarte un café y un *muffin*?

Pues *sí* que me está leyendo.

De repente, le encuentro sentido al traje barato y al SUV oscuro.

—Trabajas para el FBI —apunto, y caigo en la cuenta de que Quantico no está muy lejos de aquí.

Se le ensancha la sonrisa.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Para empezar, me estás trazando un perfil, lo que indica que probablemente trabajas en ese ámbito, a juzgar por el coche y la ropa. Tu amigo lleva un traje caro que usa para aparentar, pero el tuyo es menos ostentoso. Tu actitud hacia él y los comentarios en broma que le haces me llevan a pensar que estáis al mismo nivel, a pesar de la diferencia económica. Así que asumo que él proviene de una familia adinerada y tú te has labrado tu propio camino. Ese SUV no es una versión estándar. Los cristales tintados son demasiado oscuros para ser legales, pero me consta que el FBI disfruta de cierta flexibilidad por motivos de seguridad. ¿Me equivoco?

De verdad que detesto que siga sonriendo, como si en lugar de asustarse estuviera aún más intrigado. Y yo quería asustarlo.

—Tú no eres una perfiladora criminal profesional, no trabajas para el FBI y no estás vinculada a ninguna unidad militar —dice, y me deja confundida—. Llevas un estilo bohemio, pero elegante, que denota que te preocupas más por la comodidad que por la apariencia externa. Te sientas sola por elección propia y rechazas cual-

quier atención que se te preste. A simple vista, eres demasiado feminista para tu propio bien. Mirando más de cerca, pareces alguien a quien cuesta acercarse porque no sueles confiar en la gente. Así evitas que te hagan daño, pero también que alguien entre en tu vida. Solo por las noches, cuando cierras los ojos y te permites ser vulnerable..., te atreves a plantearte cómo sería estar con alguien.

Me trago el nudo que tengo en la garganta. Ha acertado de lleno. No debería resultarle tan fácil leerme. Llevo años entrenándome para ello.

—No tienes mascotas, dado que no hay pelo en tu ropa, salvo que sea uno de esos que no mudan. Sin embargo, no te veo permitiéndote encariñarte con un animal cuando sabes que probablemente vivirás más que él y tendrás que pasar por el dolor de perderlo. Eres distante por necesidad, probablemente debido a un pasado doloroso que te llevó a adoptar esa actitud. Una pérdida, quizá. Incluso puede que más de una. ¿Tal vez la vida te empujó a la soledad y has decidido permanecer en ella?

Cuando el corazón me da un vuelco en el pecho y reculo un paso, temblando, su mirada se suaviza aún más.

—Lo siento. Me he pasado de la raya. Me disculpo —me dice justo cuando vuelve don Arrogante.

—No he perdido la chispa. La tía esa acaba de...

Deja la frase sin terminar cuando me ve mirando fijamente al señor Perfilador. Me siento expuesta, vulnerable y como un pez fuera del agua. No estoy acostumbrada. Me he esforzado muchísimo por convertirme en una fortaleza inexpugnable.

Acaba de minar mi confianza con un simple tirón del hilo correcto.

—Coge unas cuantas botellas de agua. El viaje será largo —le dice a don Arrogante sin apartar la vista de mí.

No sé si se marcha o no, porque estoy demasiado ocupada mirando directamente a esos dulces ojos azules que parecen realmente arrepentidos.

—La vida es un asco —dice, sin venir a cuento—. Y al final te mueres. Hay que aprovechar mientras se está vivo —añade, con un tono mucho menos perspicaz que antes.

Es suficiente para romper la tensión, y una sonrisa inesperada se escapa de mis labios. Me lanza un guiño mientras se inclina hacia delante.

—Si alguna vez buscas ayuda para sentirte viva, llámame. A mí también me vendría bien un poco de vida.

Cuando se echa hacia atrás, noto algo en la mano a pesar de que no me he dado cuenta de que me colocara nada en ella. Da la vuelta al SUV, y yo lo observo con total concentración mientras se sube.

Por fin bajo la mirada hacia la tarjeta que tengo en la mano mientras don Arrogante vuelve y se sienta en el lado del copiloto.

«Logan Bennett...».

Su número aparece junto al nombre y, efectivamente, trabaja para el FBI. Cuando vuelvo a levantar la vista, está apoyado sobre el volante y me está mirando. Don Arrogante tiene la ventanilla bajada y parece molesto.

—Llámame —dice Logan, y sonrío antes de alejarse del bordillo.

La realidad es meramente una ilusión, aunque una muy persistente. Lo dijo Albert Einstein. Mi padre siempre citaba a Einstein como recurso para explicar la vida cuando nos costaba entenderla. Recuerdo que me lo citaba cuando nuestras vidas se desmoronaban. Él era quien más estaba sufriendo, y hacía todo lo posible por consolarme.

Einstein no me está ayudando a entender lo fácil que le ha resultado leerme. Lo vulnerable y expuesta que me siento en este momento.

El teléfono me vibra en la mano y, cuando bajo la vista, compruebo que es el aviso que programé.

Tengo que ser fría. *Necesito* ser fría. Si cedo un poco, se podría resquebrajar la coraza que me hace falta para ejecutar el plan en el que he invertido tanto tiempo y esfuerzo.

Me sacudo los restos de debilidad, suelto un suspiro brusco y me encamino al coche. Recorro unos veinticuatro kilómetros, encuentro la casa que buscaba y paso de largo. Espero hasta estar aparcada en un granero abandonado para ponerme los guantes, el mono y unas pesadas botas de hombre. También me ajusto las mochilas lastradas con piedras... Una a la espalda y otra al pecho.

Me acerco a la casa con sigilo, abro la puerta y, en silencio, me quito las mochilas y las coloco con cuidado sobre una silla.

En el bolso tengo todo lo que necesito, así que me lo dejo puesto. Y entonces me quito el calzado pesado, que coloco encima de la mochila sin hacer ruido.

Un movimiento en la planta de arriba capta mi atención, y subo las escaleras lentamente, atenta a dar pasos ligeros y silenciosos. Llevo un mes estudiando este suelo para saber en qué puntos cruje o chirría.

Conozco su rutina mejor que la mía. Igual que sé que, en cinco segundos, empezará a salir el agua.

Efectivamente, las viejas tuberías de la casa hacen un ruido metálico cuando el agua circula por ellas, y es entonces cuando subo las escaleras, sin importarme que crujan porque con el ruido de la ducha no puede oír nada.

Cuando llego a su habitación, miro hacia la cama de inmediato. Sé que está soltero, pero siempre me preocupa encontrarme con una mujer inesperada. Miré las cámaras en el móvil y no vi a nadie, pero aun así es un pensamiento que me suele rondar por la cabeza.

Suspiro aliviada al comprobar que no hay indicios de que nadie se haya quedado a pasar la noche. Solo están Ben y su desorden habitual.

Cuando cierra el grifo, ya estoy en posición, lista y a la espera. La vida sería más sencilla si pudiera usar una táser o tranquilizantes. De verdad que sí.

Justo cuando pasa con una toalla enrollada en la cintura, ataco con el cuchillo y le corto con fuerza el tendón de Aquiles. Los chillidos me taldran los oídos, y me doy cuenta de que aquel momento de debilidad con el señor Perfilador no afecta a lo bien que me suenan los gritos.

He dedicado demasiado tiempo, esfuerzo y constancia a esto. Debería saber de sobra que un hombre no iba a conseguir aplacarme.

Ben cae al suelo chillando de dolor y agarrándose el pie. La toalla se le suelta y deja al descubierto cada centímetro de su cuerpo desnudo ante mis ojos.

La imagen me revuelve el estómago.

Pero el pánico en su mirada me provoca un subidón.

—¿Qué coño haces? ¡Llévate lo que quieras!
—grita entre sollozos, con los ojos muy abiertos y llenos de pánico mientras me acerco.

El terror me excita. Quiero que lllore durante mucho, mucho más tiempo.

—Lo que quiero es que sepas mi nombre
—digo con voz baja y escalofriante.

Abre los ojos todavía más y se queda pálido cuando levanto el cuchillo ensangrentado y paso un dedo por el dorso.

—No, por favor —suplica, intentando levantarse sin éxito.

Si tuviera la oportunidad, me golpearía. No soy tan estúpida como para acercarme tanto por el momento.

Me saco el cable del bolsillo trasero y observo cómo me mira.

—¿No me reconoces, Ben? —le pregunto en tono burlón, ladeando la cabeza. Hace diez cirugías, no habría tardado en reconocermme.

—No. No —grita—. No te conozco. ¡Te has confundido de persona!

Me pongo de cuclillas y noto el movimiento de su mirada. Se está preparando para atacarme ahora que estoy en esta posición. Lo interpreta como un fallo que me ha dejado indefensa.

Si él supiera...

—Era una niña de dieciséis años la última vez que me viste —digo con una sonrisa siniestra—. Ahora soy toda una adulta. «¿Quieres jugar?».

Esas dos últimas palabras son las que le permiten reconocermme. Lo percibo por la forma en que se le dilatan las pupilas, se le ensanchan las fosas nasales y un gesto de comprensión se apodera de su rostro.

—Tú —susurra—. No. No. No te pareces en nada a ella. Está muerta —añade con la misma voz queda.

—Sobreviví —contesto, y veo que el miedo empieza a desvanecerse poco a poco, como sabía que ocurriría.

Ahora mismo está recordando lo débil que era esa niñita horrorizada, aterrada y sollozante. Recuerda lo fácil que le resultó dominarme. Su mente le hace creer que sigue siendo él quien controla la situación, a pesar de la tesitura tan precaria y letal en la que se encuentra.

—Lo hiciste tres veces —continúo, con calma y en guardia, pero mostrando una debilidad fingida para que su mente siga retrocediendo a aquella noche de hace diez años—. Eso quiere decir tres trozos de carne durante los próximos tres días —añado.

Adivino lo que va a suceder antes de que se abalance sobre mí, gritando de dolor mientras intenta derribarme al suelo. Le clavo el cuchillo en el hombro, y otro grito desgarrador atraviesa el aire mientras giro y me coloco de rodillas detrás de él, justo cuando se estrella de boca contra el suelo.

Con el cuchillo todavía agarrado, se lo arranco en un abrir y cerrar de ojos, casi al mismo

tiempo que le rodeo el cuello con el cable y lo enrolló con fuerza. Entonces lo ahorco, deleitándome con sus gemidos de dolor, hasta que se queda inerte e inconsciente, suspendido entre la vida y la muerte. Con la pérdida de sangre, está demasiado débil como para defenderse. Sería muy fácil matarlo ahora mismo.

Pero la muerte no le llegará enseguida.

No creo en la misericordia.

Se le extraerán tres trozos de carne mientras siga consciente.

Suplicará y rogará.

Rezará por desmayarse.

Pero lo sentirá todo.

Igual que nosotros.